

Una narrativa de la violencia

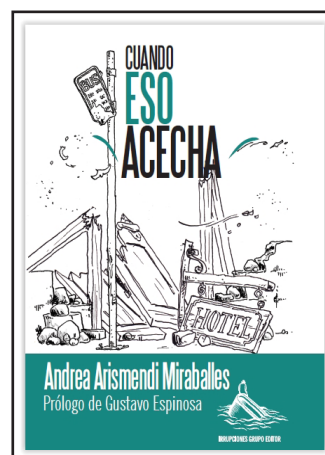
Rodrigo Villaverde

(Consejo de Educación Secundaria,
Grupo de Investigación sobre Literatura Fantástica Uruguaya)

Arismendi, Andrea. *Cuando eso acecha*.

Prólogo de Gustavo Espinosa.

Irrupciones, Montevideo, 2017.



Cuando eso acecha es el último libro publicado por la Prof. Andrea Arismendi Miraballes, escritora nacida en Montevideo en 1975. Su título, buscadamente ambiguo, sitúa desde el primer momento al lector frente a la incertidumbre: ¿qué es “eso”? Como para acentuar este aspecto, el deíctico aparece destacado en la portada con un color diferente.

Inmediatamente, el indefinido “eso” puede remitirnos a dos referentes anteriores: el personaje *It* de la novela homónima de Stephen King (como ya apuntara Alicia Torres, y el concepto de “lo ominoso” (*das unheimliche*) de Sigmund Freud, sugerido por el propio prologuista del volumen, el escritor Gustavo Espinosa. En ambos casos está presente la idea de algo inexplicable, perturbador y peligroso para el experimentante de una situación. Sin duda lo ominoso irrumpe en los relatos aquí reseñados.

Ahora bien, siendo justo este planteo, y de la mano con él, considero que lo que más destaca en todos los relatos que integran este volumen es la presencia de una violencia irracional y omnipresente. Proveniente de distintos puntos, la violencia impregna el discurso narrativo de Arismendi en estos cuentos y construye un universo ficcional (identificado explícitamente con el interior de nuestro país) donde “eso” surge de repente y cambia la vida de los protagonistas para peor.

Cuando eso acecha contiene seis cuentos breves (“Ferrada”, “Bajo el amanecer”, “El manco Fede”, “La novia de Lugosi”, “Cuando eso acecha” y “Juan 13:27”) y se cierra con “Memoria de una ciudad por la que no pasó la guerra”, pieza más extensa a la que ya me referiré.

El primer cuento, “Ferrada”, se construye como un relato en retrospectiva: el narrador refiere que su padre le contó que en su infancia, en el pueblo de Vergara, un viejo solitario llamado Rafael Ferrada le había contado sobre lo que ocurriera con su familia en el pasado. A partir de aquí, entonces, la narración pasará a la voz de Ferrada y se remontará a un pasado remoto. El viejo cuenta que vivía en Artigas con su hija (él era viudo), en un “humilde barrio donde tenía su casa conseguida con sacrificio de pobre, a base de ahorro y de hambre, [y] también residían los hermanos Gutiérrez, tres hombres peligrosos, aficionados al hurto, cuyas andanzas eran famosas en la ciudad, aunque nadie se atrevía a enfrentarlos” (16). Dichos antagonistas, los Gutiérrez, son un retrato grotesco de la capa social vulgarmente conocida como “lumpen”: son sucios hasta desdibujar su aspecto humano, actúan como una manada bestial y protegen “su territorio”. Esto hace que comiencen a acosar a Ferrada cuando este se atreve a atravesar la parte del barrio en que ellos vivían: inmediatamente, lo expulsan a él y a su hija a las pedradas. A partir de aquí la escalada de violencia por parte de los estos marginados solo aumentará: entran a la casa del protagonista cuando este trabaja, comen la comida de su heladera, queman sus pertenencias con cigarros y defecan en la cama de su hija. La denuncia a la policía es estéril: cada vez que concurre, las autoridades desestiman sus denuncias y llegan a plantearle que el mal vecino es él. Frente a esta situación insoportable, Ferrada decide abandonar su casa, dejar a su hija en la casa de su abuela (para nunca volver a verla) y permitir que los salvajes se apropien de su antiguo hogar. Lo que el lector descubre en el desenlace del cuento es que ese movimiento final no consistía en una rendición, sino en la ejecución definitiva de una venganza sutil e irónica.

“Bajo el amanecer” tiene por protagonista a una mujer llamada Juana, que es descrita como una muchacha silvestre, que desde pequeña gustaba de criar ratones. Juana se enfrenta a la autoridad represora de su madre, quien la trauma desde la niñez ahogando a los ratones en un balde con agua. Como expresa el narrador, con breves pero significativas palabras: “Ese aprendizaje fue el primero y más terrible sobre las injusticias del mundo” (24). En determinado momento el narrador, hasta entonces externo, se revela como una narradora interna con voz femenina, que llega al pueblo donde vive Juana (que en el presente de la narración está presa y tiene veintiocho años) con la misión de entrevistarse con ella y elaborar un perfil psicológico de la muchacha. Se refiere que en determinado momento de su pasado Juana quedó embarazada a causa de una múltiple violación; mientras el pueblo entero se preguntaba quién era el padre, la madre la llama “puta” y la hostiga y golpea culpabilizándola de la situación. Llegada la hora del parto, se refugia en un bosque para dar a luz a su hijo, que nace con el mismo silencio de su madre. Para proteger el futuro de aquella criatura, Juana se dirige a la casa de su madre y, serenamente, repite lo que años antes había visto hacer a su madre con los ratones.

“El Manco Fede” cuenta sobre las vivencias del narrador cuando era adolescente, junto con una joven de la cual estaba enamorado de esa manera pura que tienen los adolescentes de amar. Estos muchachos cruzan sus caminos, por desgracia, con el personaje aludido en el título. El Manco Fede, otro personaje marginal, despreciado por el pueblo, llega junto al “travesti del pueblo, un tal Jesús” (30) e intenta atacarlos y violar a la muchacha. Corren una desesperada carrera para escapar de él y se esconden entre unos matorrales. En esa situación tan alarmante, todo concluirá de la forma menos esperada, sumiendo al protagonista en el dolor y la culpa.

El siguiente relato, “La novia de Lugosi”, es uno de los más perturbadores y ominosos de este libro; y sin embargo, a diferencia de los anteriores, no se ve en él la violencia directa de una persona hacia otra. La narradora-protagonista es la mentada “novia de Lugosi” (el apelativo refiere a la obsesión de la personaje por el actor húngaro Bela Lugosi). Ella es una persona con graves dificultades para socializar y un fuerte amor por los animales que se torna siniestro cuando desentierra un gato muerto que no había podido cuidar y se recrea aspirando los aromas de su cadáver en descomposición. Ese morboso juego va creciendo con los años: comienza enterrando vivos a los gatos de su barrio y luego empieza a recolectar animales muertos para diseccionarlos y estudiar su anatomía. En cierto momento se produce un hiato en la narración y mediante una prolepsis se llega al presente de la historia y vemos una especie de monólogo interior que denuncia la soledad radical de la narradora: “El tiempo ha pasado sin tregua. Me voy quedando sola. Cada mañana salgo a trabajar y camino por el borde de la ruta hasta el pueblo. No es nada, nada. No vale nada. Desearía que la vida, que el camino, que el puente que cruzo cada día se borrarán del mapa más de lo que ya lo están” (41). Luego de esta reflexión, se cruza con una vecina que la saluda, pero ella no responde el saludo. Mientras piensa escucha el ruido de un camión que se dirige hacia ella pero no se mueve del camino. El final es abierto y ambiguo.

“Cuando eso acecha”, cuento homónimo al libro, es el relato más corto de los reseñados. Comienza de forma abrupta con una enigmática confesión del narrador: “Mis sueños son tópicos. Pueden ser tópicos literarios o cinematográficos, los mismo da” (43). En función de esto, pasa a relatar un sueño en el que, en medio de una carretera donde había habido un accidente de tránsito, comienza a pelear con zombies. Como si el sueño hubiera tenido algo de epifánico, se levanta tras despertarse en la cama en la que dormía con su novio (nuevamente, la voz narrativa es femenina) y se va de la casa decidiendo dejarlo.

El último relato breve, “Juan 13:27”, remite mediante una nota al pie al pasaje bíblico aludido en el título: “Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto” (47). La referencia al diablo cristiano no

es casual. El narrador en esta ocasión es un hombre de ochenta años que recuerda pasajes de su infancia y juventud. Este personaje se crió en la estancia de su familia, con sus padres, su hermano Tomás (un año menor que él) y su perro Tacuabé. La situación comienza a enturbiarse cuando su madre queda embarazada y da a luz al tercer hijo; más precisamente, una hija. “Cuando le tocó a Tomás el turno de verla, no quiso. Estaba enojado y se cruzaba de brazos, ofuscado. [...] Hay dolores que duran para toda la vida. Nunca hablé con mi madre de eso. Fue justamente Tomás quien dio aviso de que ella no estaba respirando” (49). En principio no parecería haber una relación evidente entre los celos infantiles del hermano y la muerte de la hermana. Sin embargo, a medida que avanza el relato, se va descubriendo la diabólica personalidad de Tomás: buscando siempre la protección y el cariño maternos, intenta ocupar el lugar de su padre. Maltrata al narrador, asesina a su perro y le cercena un pie a un peón negro de la estancia que advierte al narrador de la maldad de su hermano. En medio de toda esta enfermiza violencia, la madre de los muchachos vuelve a quedar embarazada. Una noche, cerca del día del parto, el narrador decide tomar cartas en el asunto para proteger a esa nueva vida, y acaba con la vida de su hermano disparándole con una escopeta que había en la casa, una noche de tormenta. Muerto el perro, se acaba la rabia y la vida familiar vuelve a la normalidad.

Finalmente, el volumen se cierra con el relato “Memoria de una ciudad por donde no pasó la guerra”, que ocupa aproximadamente la mitad del libro. Teniendo en cuenta la extensión del texto y su división en veinticinco pequeños capítulos, me atrevo a clasificarlo como *nouvelle* más que como cuento largo. Esta última narración presenta un ambiente distópico donde todos viven su vida en medio de la alienación absoluta. Las condiciones de vida son paupérrimas y en la calle reinan la pestilencia y la miseria. La narradora-protagonista trabaja en una oficina pública donde recibe quejas a las cuales responde de forma mecánica, entregando formularios. Un día llega a su mostrador un vagabundo con una mosca en la frente y le deja un misterioso maletín. Al otro día se encuentra ese maletín en su casillero de la oficina (cosa que la extraña, siendo que ella lo había dejado en el mostrador donde se lo habían dado). Tras una investigación mirando en las cámaras de la oficina, se descubre que quien lo dejó en su casillero fue un sujeto todavía más extraño y repugnante: un hombre bien vestido, pero con la cara totalmente cubierta de moscas. Tras retirar el maletín y abrirlo en su casa, descubre en su interior una serie de papeles entre los que se encuentran los planos de la casa de sus padres (que en el presente viven en un asilo de ancianos), en la cual había vivido su infancia y que ahora alquilaba a una pareja de ancianos. Desconcertada por este descubrimiento, entra en una casa que quedaba frente al edificio público donde trabajaba; allí se encuentra con gente muy extraña que conforma una especie de sociedad secreta. Los nuevos personajes se refieren a la narradora como “nuestra elegida” (87). El líder de dicho grupo,

un hombre con máscara de mandril que dice tener ciento cinco años, le revela que el hombre de la mosca del comienzo del cuento había visto en sueños que ella “[les] daría la clave del Paraíso” (89), y que dicha clave estaba relacionada con la casa de sus padres. Incrédula, se retira de la casa; no obstante, a los días viaja a la casa de sus padres y se dispone a revisar el sótano. Allí, tras una larga exploración de los subsuelos, encuentra un aljibe. En medio de todo esto va desarrollando una enfermedad producto de su mala alimentación; los médicos le informan que no podrán curarla y la enfermedad le costará la vida. Visita a sus padres en el asilo, y al preguntarles por el aljibe se alborotan y debe retirarse. Finalmente, vuelve a visitar su vieja casa de la infancia y, en un confuso episodio que incluye la persecución por parte de uno de los miembros de la sociedad secreta, llamado “el caníbal”, termina cayendo por el aljibe y -al menos aparentemente, puesto que la narración del final es caótica y buscadamente poco clara- siendo transportada a otra realidad donde deja de sufrir por la miseria del mundo.

Como síntesis, se puede decir que *Cuando eso acecha* es un libro que, con poco más de cien páginas, “atrapa” fácilmente al lector y lo interna en un mundo sin gloria (que no es otro que el reflejo de lo más enfermo del mundo en el que vivimos). La lectura de esta colección de relatos interpela constantemente al lector y, una vez que se comenzó un cuento, no podrá detenerse hasta terminarlo, y casi en todos los casos el final lo dejará con un amargo sabor de boca y una mezcla de placer y turbación. La *nouvelle* final es una exquisita distopía que aterriza por el parecido (siempre hiperbólico) con nuestra realidad cotidiana e impacta por lo seductor de la técnica narrativa.

Bibliografía citada

- Freud, Sigmund. “Lo ominoso.” 1919. *Obras completas* Vol. XVII. Traducido por José Luis Etcheverry. Amorrortu, Buenos Aires, 1992, pp. 215-51.
- Torres, Alicia. “Una poética del mal.” *Brecha*. 13 Abr. 2018. www.brecha.com.uy/una-poetica-del-mal/